

dente director que te determine, advirtiéndote que te importa mucho no errar esta elección. Pero si te hallares ya en algún estado, no pierdas tiempo en examinar si Dios te llamó ó no te llamó á él : procura si hacerte santo dentro de ese mismo estado.

2. Si tienes hijos, no te metas en destinarlos para este estado, ni para el otro; pero dales buenos consejos sobre lo que deben hacer para asegurar el acierto. Por lo demás, muéstrate indiferente para cualquiera que escogieren, y guárdate bien de decirles jamás • Fulanito será clérigo, ni citanita monja. Si la tienes á educar en algún convento, dile claramente que podrá escoger con entera libertad el estado que quisiere, y encomiéndala al Señor para que la alumbre.

DIA QUINCE.

SANTA TERESA DE JESUS, VIRGEN.

Fué santa Teresa la maravilla de su siglo, y es hoy la admiración del orbe cristiano. Nació en Avila, ciudad de Castilla la Vieja en España, el día 12 de marzo de 1515, siendo la menor de tres hijas que tuvieron Alfonso Sanchez de Cepeda y doña Beatriz de Ahumada, ambos de antigua y calificada nobleza, muy respetados por ella, pero mucho mas por su vida cristiana y por su grande piedad. Dedicaban su principal cuidado á la buena educación de sus hijos; pero le pusieron muy especial en la de esta última niña por el extraordinario despejo, viveza y capacidad que mostraba, muy superior á su edad. Sobre todo, la notaban, con singular gozo suyo, una inclinación natural á todo lo bueno, y una anticipada tierna devoción á



STA TERESA DE JESUS,
VIRGEN Y FUNDADORA.

la santísima Virgen. Era muy dedicado Alfonso de Cepeda á leer libros espirituales, y todos los días hacia que se leyese la vida de algun santo delante de toda la familia. Encontraba en esto grandísimo gusto la niña Teresa; y no contenta con la lectura que oía, ella misma leía muchas veces con otro hermanito suyo, llamado Rodrigo, de poca mas edad, ras historias y vidas de los santos, sobre todo las de aquellas delicadas y jóvenes doncellitas que habian derramado su sangre por Jesucristo. Hicieron tanta impresion estos ejemplos en los dos tiernecitos corazones, que ambos resolvieron escaparse secretamente de la casa de sus padres para ir á tierra de Moros en busca del martirio, teniendo a la sazón Teresa solo siete años, y Rodrigo diez. Ya estaban en camino cuando los encontró un tío suyo, que los recogió y los restituyó á su casa. Pero entre tanto, estaba la niña Teresa tan preocupada del pensamiento de la eternidad, que no cesaba de repetir estas palabras : *¡Qué, para siempre; qué, sin fin!* y viendo los dos niños que no habia forma de ser mártires, determinaron hacerse, por lo menos, ermitaños. Con este intento, fabricaron en la huerta de la misma casa dos celditas, ó dos cuevecitas que levantaron con ramas de árboles, adonde se retiraba Teresa muchas veces al día para hacer su oración, como decia ella, delante de una estampa que representaba á la Samaritana hablando con el Salvador junto al brocal de un pozo, desprendiendo desde entonces el Espíritu Santo en aquel inocente corazón algunas centellas de aquel sublime don de oración, de que eran como preludios aquellos primeros ejercicios.

El amor que profesaba á la santísima Virgen le inspiraba mil industrias para honrarla y para reverenciaria. Cada día rezaba muchos rosarios, ofreciendo al pié de la imágen algunas flores, y acompañando siempre estos pequeños presentes con alguna devota

oracion. Estos bellos principios que habia producido la lectura de buenos libros, se cortaron ó se interrumpieron de repente con la lectura de libros malos. Perdió á su madre siendo de edad de doce años, y comenzó á tomar gusto en leer libros de novelas. Esta fué la primera causa de haberse resfriado en sus buenos deseos, y de ser infiel en todo lo demás. En estos libros aprendió la inclinacion á las galas, á la profanidad, á sobresalir, á brillar, y en fin, el deseo de ser amada. Teniendo ya catorce años, trabó comunicacion con un pariente suyo, un poco lijero y desahogado, cuyo trato puso su inocencia en grandisimos peligros. Acabóse presto todo aquel espiritu de fervor y devocion, tanto, que hubiera pasado muy adelante aquel desconcierto de vida, si, notándolo su padre, no hubiera apurado pronto remedio metiéndola de seglar en un convento de agustinas.

Antes de cumplir ocho dias en aquel recogimiento sintió poseido su corazon de un sumo disgusto y de un vivo dolor de todas sus vanidades, reñando entonces todas las virtuosas inclinaciones de sus primeros años. Atribuyó esta mudanza á la particular proteccion de la Madre de Dios, á cuyos piés se postró luego que murió su madre, suplicándole que desde allí adelante se dignase recibirla por su querida hija. Fluctuaba dudosa en la eleccion de estado, ó de religiosa, ó de casada, cuando se halló acometida de una grave enfermedad, con cuyo motivo la sacó su padre del convento para curarla en su casa. Luego que se recobró algun tanto, la envió á una aldea, donde vivia una hermana suya, para que se acabase de reparar, y en el camino visitó á un tío suyo que hacia vida solitaria. Con las santas conversaciones del devoto hermitaño y con la lectura de libros espirituales, particularmente de las epístolas de san Jerónimo, reconoció el peligro que habia corrido de perderse eter-

namente; y a pesar del horror que le causaba la consideracion de los trabajos y austeridad del estado religioso, especialmente en su delicada complexion, resolvió no abrazar otro. Costóle muchos ruegos y muchas lágrimas alcanzar el consentimiento de su padre; pero apenas salió de casa para ir al convento, cuando se sintió asaltada de una repugnancia tan extraordinaria, acompañada de tan vivos y tan agudos dolores que le hubieran quitado la vida á no haberla sostenido Dios.

Victoriosa de este último combate, entró con heroico valor en el convento de las carmelitas de Avila, en el cual tenia una buena amiga, y fué su entrada el dia 2 de noviembre del año 1535, á los veinte de su edad. Apenas recibió el hábito religioso cuando se inflamó su corazon en las llamas del mas puro y mas abrasado amor, recompensando el Señor la victoria que acababa de conseguir con una inundacion de gracias. Ninguna dificultad encontraba en el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Ansiosa de desprecios, de abatimientos y de mortificaciones, era su mayor gusto ejercitarse en los oficios mas penosos y mas humildes de la casa. Cilicios, capotillos, disciplinas, y unos casi continuos, nada era bastante para saciar aquella grande alma. Estas penitencias alteraron extraordinariamente su salud delicada por su naturaleza. Acometieronla unos males de corazon tan violentos, y unos vómitos de tan mala calidad, que se llegaron á temer funestas consecuencias; pero estos males no le embrazaron la profesion. Hizola con tanta resolucion y con tanto valor, que llenó de admiracion á todos los circunstantes. Aun no estaban en aquel tiempo las religiosas obligadas á la clausura; y asi la envió su padre, en compañía de la otra monja amiga suya, á casa de su hermana para que se hiciesen algunos remedios. Por este tiempo ya la habia Dios comenzado á favore-

cer con muchas gracias que cada día iban en aumento, elevándola á una altísima contemplacion hasta la oracion de quietud, y algunas veces hasta la de union, concediéndole juntamente el don de lágrimas. Pero ni ella conocia entonces el inestimable valor de estas gracias, ni encontraba confesor que le entendiese, ni comprendiese su interior disposicion. Sin embargo, se consolaba y se aquietaba, reconociendo que todo la movia á amar á Dios y á no perderle nunca de vista.

Con los remedios se acabó de arruinar enteramente su salud; mas no por eso se malogró su estancia en aquel lugar, pues fué ocasion de que se convirtiese un mal sacerdote que habia muchos años vivia licenciosamente. Confesábase Teresa con él, y se movió tanto á vista de la inocencia de aquella pura alma, que él mismo le manifestó el miserable estado en que se hallaba, pidiéndole que le encomendase á Dios; y habiéndose convertido, pasó el resto de su vida en ejercicios de la mas rigurosa penitencia.

Sintiéndose Teresa cada día mas enferma, en pocos dias se halló reducida á la última extremidad. Contrajéronsele los nervios, causándole insoportables dolores. Púsose extremadamente flaca; acometióla una tos seca; el color pálido, macilento y aplomado; todos indicantes que obligaron á temer mucho de su vida. Viéndola su padre en aquel estado, se la llevó á su casa, donde apenas entró cuando el día de la Asuncion la asaltó una sincopal, y cayó en un desmayo tan profundo, que la tuvieron por muerta por espacio de cuatro dias. Al cabo de ellos volvió en si; pero no se vió enteramente libre de tantos males hasta de allí á tres años, despues que le inspiró Dios se encomendase al patriarca san José, á quien reconocia deber su curacion, y cuya proteccion aseguraba despues no haber implorado jamás sin experimentarla pronta y favora-

ble, por lo que hizo cuanto pudo para extender su devocion y su culto.

El recobro de su salud fué, por decirlo así, enfermedad, ó por lo menos desmayo de su espiritu. Las frecuentes conversaciones que tenia con las personas que la habian visitado, produjeron ciertas amistades, que, aunque inocentes, no dejaron de perjudicarla. Ocupando el tiempo en el coro y en el locutorio, muy en breve se disgustó del primero; tanto, que llegó á persuadirse era especie de hipocresia querer ser observante estando tan disipada; y sobre este principio se dispensó en la mayor parte de los ejercicios de comunidad. Esta disipacion y esta relajacion la pusieron en evidente peligro de perderse; pero detúvola Dios cuando estaba ya en el borde del precipicio. Habiendo muerto su padre, á quien salió á asistir en la última enfermedad, volvió á retirarse á su convento, resuelta á volver tambien al ejercicio de la oracion, como se lo aconsejó con la mayor eficacia un religioso del orden de Predicadores, con quien á la sazón se confesaba. Apenas volvió á este santo ejercicio cuando conoció toda la iniquidad y toda la amargura de su relajacion. Detestóla dolorosamente, y toda la vida fué motivo de su llanto. No omitió despues dia alguno la oracion, aplicándose á ella con el mayor teson y con la mayor fidelidad, no obstante el silencio del Espíritu Santo, que por espacio de diez y ocho años la ejercitó con una tediosa aridez y sequedad, privándola de aquellos consuelos celestiales con que en otros tiempos la habia favorecido.

A la verdad, habia cortado Teresa todo lo peligroso que podia haber en aquella comunicacion con los seglares; pero no habia roto del todo los lazos que tenian pegado su corazon á las criaturas. Solicitábala Dios interiormente á que se lo sacrificase todo; pero su corazon no se acababa de resolver á tan generoso

sacrificio : situacion triste y combate congojoso que la tenian en una continua amargura. Neutral entre los dos partidos, no encontraba gusto cabal, ni en el comercio del mundo, ni en el servicio de Dios, siendo su grande valor y su mismo buen corazon los artifices de su mayor suplicio. Leyó por este tiempo las confesiones de san Agustin, y esta lectura fué, por decirlo así, como el bosquejo de su perfecta conversion, cuya grande obra perfeccionó la inopinada vista de una pintura, que representaba al Señor atado á la columna en el paso de los azotes. Fortalecida Teresa con una nueva gracia, rompió en fin todas las prisiones; y en el mismo instante se halló elevada á un grado muy sublime de contemplacion. Pero como el Señor la tenia escogida para amada esposa suya, todavía quiso purificar su corazon con una sensibilísima prueba. Permitted que todos los confesores que buscó desaprobasen su espiritu, tratando de ilusion los favores que recibia del cielo, condenando su modo de oracion, y no queriendo creer que favoreciese Dios con tan singulares gracias á una alma inconstante, que tantas veces le habia sido infiel. Atormentábala el temor de estar ilusa y engañada; pero una de las cosas que la mortificaban mas era la publicidad de los particulares favores con que Dios la regalaba. Todos hablaban de ellos, unos para divertirse, teniéndolos por ilusiones, y otros para destemplarse, calificando á la monja por una insigne embustera. Decíase que pretendia ser tenida por santa antes de dar pruebas de buena religiosa, no cumpliendo con las obligaciones comunes, y aspirando á distinguirse por extravagancias y por singularidades. No eran sus hermanas las mas indulgentes respecto de nuestra santa. Esta opinion comun se le hacia á ella misma muy verosímil, acordándose de su inconstancia y de sus pasadas ingratitudes; indecision que la tenia en un continuo tormento,

tanto mas insufrible, cuanto que era sumamente tímida y delicada en materia de ilusion. Ya deliberaba dentro de sí misma si dejaria enteramente la oracion, cuando el Señor la consoló deparándole un confesor sabio, prudente y muy práctico en los caminos de la vida interior. Era este un padre de la Compañía de Jesus, el cual le prescribió el modo de gobernarse, y le aconsejó renunciase ciertas cosillas, que á la verdad no eran defectos esenciales; pero sin embargo la atrasaban mucho en los caminos de Dios. Mandóle que meditase en la vida y misterios de Jesucristo, exhortándola á que hiciese mas aprecio de la mortificacion de las pasiones, que de todas las devociones sensibles. Hizole gran fuerza y prendóla mucho esta suavidad del nuevo director. Empuñó las armas contra sí misma, entregóse sin excepcion y sin perdonarse en nada á todos los rigores de la penitencia, añadiendo á todo mas silencio, mas retiro y mayor recogimiento.

Llegó por entonces á Avila san Francisco de Borja : consultó luego con él santa Teresa sus dudas; y aquel grande hombre le respondió, sin dudar, que todo lo que sentia era verdaderamente obra del Espiritu Santo : encargóle que no resistiese mas á su divino impulso, aconsejándole que comenzase la oracion meditando en la pasion de Jesucristo; y que, si el Señor la elevase á otro grado mas sublime de contemplacion, no se opusiese al celestial movimiento. Comprendió entonces Teresa la suma importancia de añadir siempre la mortificacion del cuerpo y de los sentidos á las dulzuras de la contemplacion; y desde aquel punto no habia en el mundo cosa tan ardua, que no estuviese pronta á sacrificársela á Dios por arribar á la perfeccion á que este Señor la llamaba. Hallándose en oracion, tuvo el primer rapto en que le pareció le decia Jesucristo, que desde allí adelante

toda su conversacion habia de ser con los ángeles; y desde aquel dichoso dia se halló, por la bondad de Dios, como trasformada en una persona muy distinta. Tanto se le daba que hablasen mal como que hablasen bien de ella; pero se la notó mas delicada que nunca á la mas leve sombra de pecado. Tomó por confesor, habiendo perdido al que tenia, al célebre padre Baltasar Alvarez, de la misma Compañía de Jesus, y fueron maravillosos los progresos que hizo en la mas elevada perfeccion con un director de tanto magisterio en la ciencia del espiritu.

Entre tanto, no cesaba Dios de colmarla de favores, complaciéndose en aquella alma perfectamente purificada. Ya era su oracion una serie no interrumpida de éxtasis y de raptos, y en aquellas íntimas comunicaciones con su Dios se abrasaba su corazon en las llamas del amor mas puro, y quedaba su entendimiento iluminado con ilustraciones sobrenaturales. Aparecíasele Jesucristo con mucha frecuencia, y se complacia el celestial Esposo en enseñarle por si mismo los mas elevados misterios. Era su deseo tener ocultos estos favores; pero siendo una de sus máximas obedecer escrupulosamente á sus directores, sujetando á su juicio todas sus visiones y todas sus mas secretas inspiraciones, solo por no faltar á esta obediencia se vió precisada á manifestar dones tan preciosos, siendo esto mismo nuevo ejercicio de mortificacion para ella. Pero como no siempre los nombres mas sabios son los mas prácticos en la vida espiritual, no faltaron muchos á quienes se les hizo sospechoso el camino de Teresa. Juntáronse seis sugetos, que por su estado hacian profesion de hombres espirituales: examinaron y conferenciaron sobre las cosas de nuestra santa, y resolvieron que estaba ilusa. Intentaron privarla de la sagrada comunión: pensaron en delatarla al santo tribunal, discurrieron si la exorcizarian, considerán-

dola poseida, y en fin no perdonaron á su director, que á la sazón se hallaba ausente, tratándole de hombre crédulo, fácil y lijero. Ni en Avila, ni en la mayor parte de las universidades de España se hablaba de otra cosa que de las imaginadas ilusiones de Teresa. No era posible martirio mas doloroso, ni estado de alma mas digno de compasion. Oprimida de tristeza, combatida de temores y anegada en lágrimas, se arrojó á los piés de un crucifijo, faltándole poco para espirar á violencia del dolor, cuando en el mismo punto oyó una voz interior que le decia: *No temas, hija, yo soy; no te abandonaré.* A cuyas palabras se desvanecieron todas sus dudas y temores. Explicó su gozo en un torrente de lágrimas, y desde aquel dia jamás se volvió á alterar la paz de su corazon.

Pero con este nuevo fervor comenzó á disgustarse un poco de la vida mitigada de su convento; y despues de una espantosa vision, en que se le representaron los tormentos que le tenían prevenidos en el infierno si hubiera continuado en la vida relajada, perpetuamente estaba ocupada en el deseo de hacer alguna cosa que acreditase al cielo su humilde agradecimiento. Hablando un dia con una sobrina suya, que estaba de seglar en el mismo convento, y con otra religiosa jóven de sus particulares amigas, se le escapó el decir riéndose y como de burlas, que ya no le gustaba la vida de aquella casa: *Pues bien,* replicó la sobrina, *retirémonos las tres, y hagamos otra vida mas estrecha: para lo cual ofrezco desde luego treinta mil ducados.* Cierta señora de mucha virtud la confirmó en el mismo pensamiento, y todas cuatro se obligaron muy de corazon y muy seriamente á llevarle adelante despues que Jesucristo declaró á santa Teresa, que con efecto la tenía destinada para fundar esta reforma. Asegurada ya de la voluntad de Dios, ningun estorbo fué capaz de acobardarla; y animada á la misma generosa

empresa por el padre Baltasar Alvarez, su confesor, por san Pedro de Alcántara y por san Luis Beltran, de la orden de santo Domingo, dió al público aquel noble y grande intento, y comenzó á poner manos á la obra. Movi6 Dios en su favor al papa, al obispo de Avila y á su mismo general, con cuya aprobacion compró una casa para dar principio á la reforma. Pero las quejas de su convento de la Encarnacion, las contradicciones de los padres carmelitas, la resistencia de la nobleza, la oposicion de los magistrados, la murmuracion de los pueblos y la formal contradiccion de la ciudad metieron tanto ruido, que pareció contemporizar y sobreseer en la empresa. Entonecs todo el mundo se desenfrenó contra nuestra santa. Sátiras mordaces, interpretaciones malignas, feas y torpes calumnias, de todo se valió el infierno para destruir la obra del Señor. Sufriólo todo Teresa con heroica paciencia, y venció todas las dificultades con mucho mas heroico valor. En fin, despues de muchos lances llegó á sus manos el breve que le habia despachado el papa Pio IV para fundar la reforma, y entró en su nuevo convento, que quiso se consagrarse con la advocacion de San José, bajo cuyo nombre no habia un otra iglesia, entrando con la santa otras cuatro doncellas de extraordinaria virtud, que ella misma habia escogido para que fuesen los cuatro pilares de aquel espiritual edificio. Hizose esta fundacion con toda solemnidad el dia 24 de agosto del año 1562, en cuyo dia el mismo obispo de Avila bendijo la iglesia. Tal fué el nacimiento de aquella célebre reforma, ó, por mejor decir, de aquella nueva religion, que es uno de los mas bellos ornamentos de la esposa de Jesucristo la Iglesia: religion que en mas de doscientos años que ha que florece, no ha perdido un punto de su primer esplendor, ni decaido en el espíritu primitivo de su sagrado instituto;

donde se encuentra aquella numerosa multitud de vírgenes destinadas á seguir al Cordero inmaculado á cualquiera parte que vaya, las cuales en medio de las mas numerosas poblaciones se saben fabricar el retiro de la silenciosa soledad, donde siempre se deja oír la voz del divino Esposo, y á quienes su santa madre dejó como por herencia el espíritu de penitencia y el don de oracion.

Viendo Teresa que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, se aplicó á disponer la regla y forma de vida que habian de observar. Puso por fundamento de su regla el ejercicio de la oracion, acompañado de la mortificacion de los sentidos. Entabló la mas estrecha clausura, cerró los locutorios, prohibió el trato y comunicacion con los seglares, y aun limitó las conversaciones de las monjas unas con otras, permitiéndoseles solamente breves y raras. Desterró todo comercio con el mundo, queriendo que sus religiosas no tuviesen otro recurso en sus trabajos que á los consuelos divinos, los que son como hereditarios en ellas: reformó el hábito, mudando la estameña en grosera jerga, los zapatos en alpargatas ó sandalias, los colchones en jergones de paja, y el alimento delicado en pobre y grosero sustento, siendo su voluntad que en todo reinase absolutamente la mortificacion.

Luego que santa Teresa hubo arreglado su convento de San José, no solo fué menester ensanchar la casa, sino multiplicar tambien el número de los conventos que abrazaron la reforma. Habiendo llegado á Avila el general de los carmelitas, formó tan alto concepto de la eminente virtud de nuestra santa, y quedó tan prendado de ver resucitada en el convento de San José la primitiva observancia de los antiguos padres del Carmelo, que deseó ansiosamente la extension de la reforma. Logró en breve tiempo ver cumplidos sus deseos. En menos de doce años fundó